

Morten A. Strøksnes

EL LIBRO DEL MAR

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun Kristensen
y Asunción Lorenzo Torres

 narrativa
salamandra

Título original: *Havboka*

Ilustración de la cubierta: Alessandro Gottardo
Mapa de las páginas 8 y 9: © Booklife, 2016

Copyright © Morten A. Strøksnes and Forlaget Oktober, Oslo, 2015
Publicado por acuerdo con Copenhagen Literary Agency, Copenhagen
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Traducción publicada con el apoyo de
NORLA

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-873-2
Depósito legal: B-7.940-2018

1ª edición, mayo de 2018
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

¿Has entrado tú hasta las fuentes del mar
y has andado escudriñando el abismo?

Libro de Job, 38: 16





Verano

1

Tres mil millones y medio de años pasaron entre el día en que apareció la primera forma de vida primitiva en el mar y el sábado de julio por la noche en que me llamó Hugo Aasjord.

—¿Has visto el pronóstico meteorológico para la semana que viene? —me preguntó.

Llevábamos mucho tiempo esperando unas condiciones climáticas muy concretas. Ni sol, ni calor, ni siquiera ausencia de lluvia. Lo que necesitábamos era que soplara el menor viento posible en la zona marítima entre Bodø y las islas Lofoten. Para ser más exactos, en el Vestfjorden, «el fiordo del Oeste». Pero allí, si quieres el mar en calma, debes armarte de paciencia. Sus aguas embravecidas tienen fama de temperamentales. Incluso la más leve ráfaga de viento del oeste, el sur o el norte, puede levantar olas considerables.

Desde hacía semanas consultaba los partes a diario. Siempre anunciaban vientos fuertes o huracanados, nada de brisas o vientos suaves. Al final casi me olvidé de consultarlos y me sumergí en el perezoso ritmo vacacional de Oslo, de días calurosos y noches estrelladas.

Cuando sonó el teléfono estaba en medio de una cena de lo más animada. Al ver que era Hugo, que odia llamar y

sólo lo hace para cosas importantes, supe que nuestra larga espera había terminado.

—Mañana compraré un billete y aterrizaré en Bodø el lunes por la tarde —le contesté.

—Muy bien, allí nos veremos.

Y colgamos.

Me pasé todo el viaje a Bodø mirando hacia abajo por la ventanilla ovalada del avión, a lo que yo considero el fondo elevado del mar. Hace miles de millones de años, la Tierra entera estaba cubierta de agua, a excepción tal vez de algunas islas pequeñas y muy alejadas unas de otras. Y todavía hoy el océano cubre más del setenta por ciento de la superficie del planeta. Hay quien dice que éste no debería llamarse «Tierra», sino que, sin duda, merecería llamarse «Mar».

Por debajo de mí se extendieron montañas, bosques y altiplanos, hasta que llegamos a Helgeland. Allí la tierra se abría en fiordos, en mares que crecían hacia el oeste hasta que la separación entre el cielo y el agua se diluía en el horizonte en un tono gris resplandeciente, como el de las plumas de un pájaro.

Cada vez que salgo de Oslo y viajo al norte me invaden las mismas ganas de escapar... escapar del interior y de sus hormigueros, de sus abetos, ríos, lagos y pantanos borbotantes. Adiós, hasta luego, me voy al mar, que es libre e infinito, rítmico y ondulante, como dicen las viejas canciones marineras que entonaban los hombres a bordo de los grandes veleros, en todos los océanos y principales puertos del mundo, como el de Marsella, Liverpool, Singapur o Montevideo, mientras tiraban de los cabos en el puente para desplegar, izar o arriar las velas.

• • •

En tierra firme, los marineros a veces parecen invitados que se sienten fuera de lugar. Quizá no vayan a hacerse a la mar nunca más, pero por sus palabras y sus gestos uno diría que sólo están de paso y por poco tiempo. Jamás dejan de añorarlo. Pero ese mar que los llama debe contentarse con sus respuestas evasivas.

Esta misma atracción mística debió de sentir mi tata-rabuelo cuando abandonó las tierras del interior de Suecia y emprendió la travesía hacia el oeste por valles y montañas. Como el salmón, siguió el curso de los grandes ríos, primero contra y luego a favor de la corriente, hasta llegar al mar.

Cuenta la historia familiar que el único motivo de su viaje era el deseo de ver el mar con sus propios ojos. Aunque no debía de tener muchas intenciones de volver al lugar del que había partido. Tal vez no soportara la idea de pasarse el resto de la vida andando cabizbajo por las parcelas de tierra árida de un pueblo sueco de montaña. Sin duda era un hombre impulsivo, un soñador con piernas fuertes, porque llegó andando a la costa noruega, donde formó una familia, y luego se enroló en la tripulación de un carguero. Un par de años después, el barco naufragó en algún lugar del Pacífico. Todos los que iban a bordo se ahogaron. Fue como si el hombre hubiera salido de las profundidades del mar y hubiera tenido que regresar a ellas. Como si ése fuera el lugar al que pertenecía y lo hubiera sabido siempre. Al menos eso me gusta creer cuando pienso en él.

El mar alumbró la poesía de Arthur Rimbaud. El poeta se inspiró en él para ampliar los límites del lenguaje y entrar en la modernidad con «El barco ebrio» en 1871. El «yo» del poema es un viejo carguero que quiere sentir la libertad del mar y se deja llevar sin control por un gran

río hasta que llega a la costa. Allí se adentra en la inmensidad del océano, pero queda atrapado en un temporal y se hunde en las profundidades. Así se convierte en parte del mar:

*Desde entonces, me baño en el Poema
del Mar, infusión de astros y vía latescente,
sorbiendo el cielo verde, por donde flota a veces,
pecio arrobado y pálido, un muerto pensativo.¹*

Desde el asiento del avión intenté rememorar más versos de «El barco ebrio». Las olas atacan los escollos como manadas histéricas de ganado. Y en el fondo del mar, la ballena Leviatán se pudre entre algas laminariales que se balancean, atrayendo hacia ellas el barco ebrio, sujetándolo entre los tentáculos. Abocado a la oscuridad del abismo del Maelstrom, el barco escucha los bramidos de apareamiento del cachalote en celo. Ve buques ebrios naufragados que vagan llenos de piojos marinos y serpientes espantosas, peces dorados que cantan, medias lunas eléctricas, caballitos de mar de color negro... Cosas que la gente sólo imagina haber visto.

Las imágenes son perturbadoras, el barco experimenta el poder aterrador y liberador del mar, su incesante agitación y zarandeo, hasta que queda exhausto, entumecido y embotado. Entonces empieza a echar de menos la tierra, las pozas oscuras y tranquilas de los ríos de su infancia.

Rimbaud nunca había visto el mar cuando escribió este poema a los dieciséis años.

Hugo Aasjord vive en la isla de Engeløya, en el municipio de Steigen. Para llegar allí desde Bodø hay que tomar el catamarán-ferry en dirección norte y navegar entre islas y pequeñas comunidades que se aferran como percebes a la costa rocosa, azotadas por la inclemencia del tiempo. Al cabo de unas dos horas, el ferry atraca en Bogøy, la aldea de donde sale el puente que cruza a Engeløya, que es una especie de Noruega en miniatura. En el interior hay fiordos, y en la costa, archipiélagos y playas de arena blanca. En los territorios más cercanos al mar se encuentran tierras buenas de cultivo, además de unas zonas boscosas en las que hay alces y otros animales de caza, valles y montañas. La cima más alta es la de Trohornet, de seiscientos cuarenta y nueve metros. Hay de todo en esta isla, que se puede recorrer en bicicleta en un par de horas. Y existen muchos indicios para creer que está habitada desde hace seis mil años.

Hugo está esperando en el muelle de Bogøy con buenas noticias. Parece que tenemos cebo. Una vaca de las Tierras Altas de Escocia fue sacrificada hace tres días, y los restos aguardan en un descampado a que yo vaya a recogerlos. «Podemos ir mañana», dice mientras cruzamos en coche el puente hasta Engeløya. Nos detenemos delante de su casa, que tiene una torre que corona el tejado, una galería en el sótano y vistas hacia el oeste, hacia el Vestfjorden.

Cuando entras en la propiedad de Hugo tienes la sensación de haber puesto el pie en un campamento pirata. Los objetos que hay esparcidos por todo el garaje los ha recogido de la playa. Una proa de un viejo barco y varias anclas antiguas y enormes están colocadas a lo largo del sendero que lleva a la galería a modo de trofeos o piezas

de exhibición. La hélice del jardín perteneció a un barco de arrastre inglés que se hundió en la costa de Skrova. Del cobertizo cuelga una placa rusa que rescató del mar. Hugo pensaba que procedía de un barco, pero resultó ser un cartel electoral de un distrito próximo a Arjanguelsk. Junto al cobertizo principal ha construido otros dos cobertizos y un establo que aloja a dos ponis de las Shetland, *Luna* y *Veslegloppa*. Siempre había tenido guardados varios barcos en el cobertizo o alrededor de éstos. Pero vendió el Plattgatter, un hermoso yate de caoba que siempre tuvo pinta de añorar la Costa Azul.

Hugo no ha comido un palito de pescado congelado en su vida. Tampoco tiene intención de averiguar a qué saben. Esa noche cenamos sopa de brotes de ortiga y levístico recién cogidos, lentejas y salchichón casero de alce, todo acompañado con un par de copas de vino. Luego bajamos a la galería. Los óleos de Hugo son en su mayoría abstractos, pero la gente de aquí, del norte, tiende a mirarlos como si fueran representaciones concretas del mar y la costa, es decir, como escenas de sus propias vidas. Es fácil de entender, porque los cuadros brillan con esa luz característica que tiene el mar al norte del Círculo Polar, sobre todo en invierno. El estilo de Hugo se reconoce rápidamente por el azul ártico de los días fríos y claros de los meses de oscuridad, que, por cierto, no son oscuros en absoluto. Es posible ver todo el espectro de matices de la luz, aunque atenuada o fraccionada dentro de sí misma. Los colores del cielo adquieren un resplandor profundo y encapsulado, y las auroras boreales pueden aparecer en cualquier momento, como improvisaciones psicodélicas.

Algunos de los cuadros que está pintando en este momento son del Batteri Dietl, en la costa noroeste de la isla de Engeløya. Durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes construyeron allí la fortificación más grande y cara del norte de Europa, donde se alojaron más de

diez mil personas, entre soldados alemanes y prisioneros rusos de guerra. El Batteri Dietl se convirtió en una de las ciudades más grandes del norte de Noruega, y tenía sala de cine, hospital, casernas, comedores e incluso burdeles, cuyas mujeres provenían de Alemania y Polonia. Se instalaron radares por toda la zona, se construyeron estaciones meteorológicas y centrales de comando con la tecnología más avanzada. La batería de cañones debía cubrir todo el Vestfjorden y tenía un radio de alcance de varios kilómetros. Los búnkeres se adentraban varias plantas bajo tierra. Y aunque allí murieron cientos de prisioneros rusos haciendo trabajos forzados, Hugo siente paz en esta zona solitaria. En sus cuadros, el Batteri Dietl está representado como una serie de cubos.

La producción artística de Hugo ha pasado por muchas facetas, por decirlo de alguna manera. Hace unos años expuso un gato embalsamado de forma natural. El animal se había escondido para morir dentro de la pared de un establo que hay cerca de la carretera que pasa por su casa. Cuando se hizo público que la obra se exhibiría en la Bienal de Florencia, Hugo fue interpelado por el periódico *Avisa Nordland*: «¿Un gato muerto es arte?»

Hugo se ha criado a ambos lados del Vestfjorden. Siempre ha vivido junto al mar y ha pasado gran parte de su vida en barcos. Sólo una vez estuvo en el interior durante un período largo de tiempo y fue para estudiar arte en Münster, donde se convirtió en el alumno más joven en ser admitido en su célebre Escuela Superior de Arte. En esa época vagaban por las calles muchos veteranos de guerra heridos, unos andaban con muletas, a otros les faltaba un brazo, otros iban en silla de ruedas o estaban desfigurados. Sus compañeros de clase eran alemanes jóvenes y radicales que expresaban en voz alta su desacuerdo con la guerra de

Vietnam pero que no se atrevían a hablar de la Segunda Guerra Mundial. Le gustaba subirse al tren en dirección a Hamburgo porque en un punto del viaje el aire cambiaba de consistencia, se volvía más húmedo y olía ligeramente a mar.

Después de graduarse, Hugo volvió a Noruega con unos títulos que acreditaban su dominio de las técnicas clásicas del arte de la pintura, el grabado y la escultura. Pero traía además otra clase de equipaje: haber formado parte del movimiento estudiantil radical alemán de la década de los setenta, algo que lo ha marcado hasta el día de hoy. No es una cuestión política, porque Hugo nunca ha estado especialmente comprometido en ese sentido. Tampoco tiene que ver con su aspecto, a pesar de las gafas redondas, el bigote y el pelo negro y largo. Se trata más bien de una actitud poco convencional a la hora de afrontar la vida y los problemas. Además, salió de Münster con una adicción nefasta: todas las tardes, a las cinco, ve la serie alemana *Derrick*. Y pobre del que lo moleste durante ese rato.

Hugo me enseña sus obras nuevas y luego subimos al desván. Desde allí tenemos una buena vista del interior de la frondosa isla de Engeløya. Hace una noche suave de verano. El rocío se ha posado sobre la hierba y los campos negros que se abren hacia el sur, y un manto de tranquilidad reposa sobre el paisaje dormido. Incluso un susurro llegaría lejos.

Nos rodea la espesura del bosque caducifolio de abedules, serbales, sauces y álamos blancos. Salgo al balcón, que recuerda al puente de un barco en la proa de la casa. Aquí fuera no reina la calma. Todo el bosque está cubierto de polen y exuda clorofila. Como telón de fondo, el canto de los pájaros. Oigo agachadizas, sarapicos y chochas. Mis

oídos necesitan un poco de tiempo para distinguir unos de otros. El urogallo gluglutea, el tordo parpa, el cuco hace cucú. Los pinzones, gorriones y paros gorjean. Las agachadizas suelen emitir un sonido silbante, melancólico y solitario, pero pueden cambiar el tempo en cualquier momento y sonar como una especie de ametralladora amable. En algún lugar, un pájaro emite un sonido seco, como cuando una moneda cae sobre una mesa.

Un búho pasa volando a baja altura por delante de nosotros. Sus alas largas lo hacen revolotear de un modo inestable. A lo lejos se ve el fiordo, blanco y resplandeciente. La nieve no se ha derretido aún en los picos negros de las montañas de la isla, lo bastante altos como para que tres aviones de combate se hayan estrellado contra ellos a lo largo de los años. Dos Starfighters a principios de la década de los setenta, y un Tornado alemán que cayó en Bø-sanda en 1999 después de que los pilotos salieran eyectados. Los rescató un barco que estaba pescando carbonero al curricán en el estrecho de Skagstadsundet, entre Engeløya y Lundøya.

La avifauna dice mucho de la diferencia entre las islas de Engeløya y Skrova, al otro lado del Vestfjorden. Engeløya es una comunidad agrícola. Skrova, una aldea de pescadores donde todo, incluyendo la mentalidad de sus gentes, es distinto. Allí sólo hay aves marinas. Los cantos de los pájaros de los bosques de Engeløya a menudo son de una belleza arrolladora, mientras que las aves marinas de la zona de Skrova suelen emitir graznidos y sonidos roncós. Sin embargo, algunas de ellas pueden sumergirse unos doscientos metros, volando y cambiando de dirección a medida que se acercan a los bancos de arenques o espadines.

En el litoral de Skrova el nivel del mar desciende brutalemente unos trescientos metros. Aquí, en la costa, Hugo y Mette están restaurando la explotación Aasjord, una vieja instalación para manipular pescado que cuenta tam-

bién con un molino para elaborar aceite de hígado de bacalao. Como su nombre indica, la familia de Hugo era la propietaria. Aunque sólo lo fue durante un par de décadas. A principios de 1980 cerró y la vendieron. Cuando Hugo y Mette la volvieron a comprar, se encontraba en muy mal estado, pero ahora ya está medio restaurada. Mette y Hugo tienen grandes planes para el lugar.

La explotación Aasjord será el campamento base para nuestra caza del tiburón.

Dentro, en la sala de estar, Hugo me cuenta la historia de los carneros. Una historia que sonaría extraña en boca de otra persona pero que resulta normal viniendo de él. No sé cómo ha salido el tema, pero Hugo tiene una capacidad especial para que una cosa le recuerde a otra muy distinta. Hace unos años adoptó un carnero casi recién nacido porque su granjero sentía que había algo raro en él e iba a sacrificarlo. Hugo se apiadó del animal y se lo llevó a casa. Lo instaló en la cocina con la intención de sacrificarlo en otoño, pero cuando unas semanas después se encontró al granjero en una tienda, le comentó como de pasada que era una pena que el animal estuviera solo. Entonces el hombre apareció con otro.

Durante años, Mette y Hugo estuvieron alimentando a los carneros, que se hicieron grandes y fuertes, y se volvieron imposibles de manejar. Al cabo de un tiempo ya no era seguro tenerlos cerca ni de los niños ni de los perros, así que Hugo los subió a la barca y los soltó en un islote, donde podían quedarse y pastar libremente.

Se pusieron aún más grandes y gordos, y olvidaron toda forma de cortesía. A menudo, cuando Hugo se acercaba en barca al islote, los carneros saltaban al agua e iban nadando hacia él, y, ante el peligro de que se ahogaran por el peso de la lana empapada, tenía que salvarlos cada vez. Un her-

moso día de verano, Hugo salió al mar en calma. Cuando llegó al islote se dispuso a bajar a tierra al no presentir peligro, pero uno de los carneros se abalanzó sobre él, casi antes de que hubiera descendido de la barca. Para concluir la historia, Hugo se sube la manga del jersey y me muestra una cicatriz larga y profunda en el antebrazo.

No tardaron mucho en sacrificarlos a los dos. El cariño que sentía la familia por esos animales se esfumó por completo. Sus pieles cuelgan ahora de un palo en el cobertizo pequeño.

Una noche como ésta de hace dos años, Hugo mencionó por primera vez a los tiburones boreales. Su padre, que cazaba ballenas desde los ocho, había visto cómo estos tiburones emergían de las profundidades para robar trozos enormes de grasa de ballena mientras la tripulación las mantenía izadas y las despedazaba en los costados del barco.

En una ocasión, la tripulación arponeó un tiburón boreal de tamaño descomunal y usó la grúa para izarlo por la aleta caudal. Pese a estar moribundo, colgado boca abajo y con un arpón atravesándole el lomo, el animal engulló un pedazo de carne fresca enorme de la ballena que tenían en la cubierta. La bestia tardó una eternidad en morir. Estuvo horas ahí colgado, siguiendo con la mirada los movimientos de la tripulación. Fue una situación escalofriante incluso para los balleneros más curtidos.

El padre de Hugo también le había contado que un caluroso día de verano, a bordo del pesquero *Hurtig*, mientras iban a la deriva por el Vestfjorden, a uno de los pescadores le entraron ganas de refrescarse y nadar un poco. El hombre se tiró al agua, pero, para solaz del resto de la tripulación, volvió al barco a una velocidad vertiginosa cuando un tiburón boreal apareció en la superficie a sólo unos metros de distancia.

Estas historias abonaron la imaginación de Hugo, llevaban cuarenta años fermentando en su interior. Y esa noche, cuando me habló del tiburón boreal, sus ojos brillaban y su voz adquirió un tono especial. Los relatos que había oído de niño no lo habían abandonado. Hugo había visto con sus propios ojos a la mayoría de los peces y animales que viven en el mar, pero nunca había estado ante un tiburón boreal. Y yo tampoco. Por eso no le costó mucho trabajo convencerme de que había llegado el momento. Mordí el anzuelo, por así decirlo. El anzuelo, la línea y el plomo.

Yo también me he criado junto al mar y llevo pescando desde que era niño. Siempre que algo picaba tenía la sensación de que cualquier cosa podía emerger de las profundidades. En el mundo de allí abajo vivían multitud de criaturas de las que yo lo ignoraba todo. En los libros veía imágenes de las especies marinas conocidas, y eso era más que suficiente para mí. La vida en el mar me parecía más rica y emocionante que la vida en tierra firme. Por él nadaban seres extraños, casi justo debajo de nuestras narices, pero no los podíamos ver y tampoco los conocíamos. Todo lo que pasaba en los fondos marinos sólo podíamos imaginarlo.

Desde entonces, el mar sigue ejerciendo poder de atracción sobre mí. Mucho de lo que de niños nos parece misterioso y emocionante pierde esa aura durante la juventud. En cambio a mí el mar cada vez me parece más grande, más profundo y fascinante. Tal vez haya contribuido a ello cierto atavismo familiar, puede incluso que se haya saltado varias generaciones y yo lo haya heredado de mi tatarabuelo, el que terminó en el fondo del mar.

Aunque en los planes de Hugo había algo más, algo de lo que no fui consciente en ese momento y que quizá no vea claro ni siquiera ahora, excepto si presto atención a mi visión periférica, como cuando la lámpara giratoria de

un faro atraviesa la oscuridad con sus veloces destellos de luz.

En realidad había un montón de cosas que debería haber estado haciendo en lugar de responder sin vacilar: «Sí, salgamos al mar y capturemos un tiburón boreal.»

3

Como hemos explorado el planeta ya no rellenamos los espacios en blanco de los mapas con monstruos extraños y animales fabulosos creados por nuestra imaginación. Pero tal vez deberíamos hacerlo porque aún queda mucha vida por descubrir. Hasta ahora, los científicos han catalogado algo menos de dos millones de especies de animales, pero los biólogos estiman que en el mundo debe de haber en total unos diez millones de organismos pluricelulares.² Sin duda, los mayores descubrimientos nos aguardan en el mar, donde constantemente aparecen formas de vida cuya existencia desconocíamos por completo. De hecho, todavía sabemos muy poco incluso de las grandes criaturas que viven cerca de la costa. Puede que haya tantos tiburones como personas en la tierra.³ ¿Y quién es consciente de que por los canales y las fosas profundas del Vestfjorden nadan tiburones boreales que pueden llegar a medir siete u ocho metros y pesar hasta mil doscientos kilos? Aparte de Hugo, claro está.

El tiburón boreal es una criatura prehistórica. Se cree que nada entre el fondo de los fiordos noruegos más profundos y hasta casi el Polo Norte. Los tiburones abisales son por regla general mucho más pequeños que los que viven en

aguas menos profundas. Pero el boreal es la gran excepción. Puede llegar a ser más grande que el blanco, lo que lo convierte en el tiburón carnívoro de mayor tamaño del mundo (el tiburón peregrino y el ballena crecen aún más pero no se alimentan de carne sino de plancton). Hace poco, unos biólogos marinos descubrieron que el tiburón boreal puede llegar a vivir quinientos años, lo que sin duda lo convierte en la criatura más longeva de la Tierra. En teoría, el animal que vamos a capturar podría haber estado nadando en algún oscuro abismo oceánico antes de que el *Mayflower* zarpara rumbo a la nueva colonia de Virginia del Norte, o incluso cien años antes, cuando Copérnico concluyó que la Tierra está en órbita alrededor del Sol. Podría tener la mitad de años que Matusalén. Y, según la tradición, Matusalén murió en el año del Diluvio Universal, probablemente como consecuencia del aumento del nivel del mar. Al tiburón boreal, en cambio, esas circunstancias alteradas de la Tierra deberían de haberle parecido excepcionales, teniendo en cuenta la abundancia de comida que tendría disponible.

Y una cosa más: en Noruega, mucha gente cree que este tiburón está emparentado con el tiburón cailón. Pero se trata de dos especies del todo diferentes. El cailón es más pequeño y su carne, que está deliciosa, podría servirse en cualquier restaurante. Eso si no estuviera en la lista de especies protegidas, por supuesto. El boreal, en cambio, es salvaje y no figura en ninguna lista, pero nadie querría comerse la carne de su enorme cuerpo, pues contiene una toxina que si se ingiere produce una sensación de intoxicación severa y puede ser letal.

Aun así, costara lo que costase, íbamos a capturar un monstruo voraz con muchos cientos de millones de años de evolución a sus espaldas, tóxicos potencialmente mortales en la sangre, parásitos en los ojos y dientes como los de un cepo de acero inmenso, sólo que en un número mucho mayor.